



actas

del consejo general

año LXXII - julio-septiembre de 1991

n.º 337

órgano oficial
de animación
y comunicación
para la
congregación salesiana

Direzione Generale
Opere Don Bosco
Roma



actas

del consejo general
de la sociedad salesiana
de san juan bosco

ORGANO OFICIAL DE ANIMACION Y COMUNICACION PARA LA CONGREGACION SALESIANA

N.º 337

año LXXII
julio-septiembre de 1991

		<i>Página</i>
1. CARTA DEL RECTOR MAYOR	NUEVA EDUCACION	3
2. ORIENTACIONES Y DIRECTRICES	2.1. La ancianidad, una edad que debemos valorar	43
	2.2. Los candidatos para las misio- nes salesianas	49
3. DISPOSICIONES Y NORMAS	Capítulos inspectoriales de 1992 Instrucciones	55
4. ACTIVIDAD DEL C. GENERAL	4.1. De la crónica del Rector Mayor	59
	4.2. Actividad de los consejeros	60
5. DOCUMENTOS Y NOTICIAS	5.1. 150º aniversario de la ordena- ción sacerdotal de san Juan Bosco: Homilía del Rector Mayor	76
	5.2. Nuevos obispos salesianos	81
	5.3. Hermanos difuntos	84

Central Catequística Salesiana
Alcalá, 164 - 28028 Madrid
Edición extracomercial

Imprime: Gráficas Don Bosco - Arganda del Rey (Madrid)

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

NUEVA EDUCACION

Introducción: emerge el hecho educativo.—Urgencia de nueva educación.—Interpelación de los jóvenes.—Distinción entre educación y evangelización, como tales.—¿Primero educar y después evangelizar?—Opción de campo de san Juan Bosco y ejemplaridad de su praxis.—Educar evangelizando.—Leyendo una vez más el sistema preventivo: creatividad del artista; en solidaridad con los jóvenes; con la mirada puesta en el Hombre nuevo; por una labor de carácter preventivo; uniendo, en un solo faro de luz, razón y religión; con atención creativa al tiempo libre; hacia el realismo de la vida.—Santificarse educando.—Estimulados por la maternidad eclesial de María.

Roma, solemnidad de Pentecostés,
19 de mayo de 1991

Queridos hermanos:

En las inspectorías que he visitado durante estos meses, he podido comprobar que se trabaja con interés para poner en práctica las orientaciones y directrices del Capítulo General. Se trata de encarnar operativamente las riquezas acumuladas en la Congregación a lo largo del posconcilio.

Es una tarea que, para nosotros, forma parte de la nueva evangelización necesitada por nuestra época a que nos invitan insistentemente el Papa, los obispos y nuestro XXIII Capítulo General.

Los jóvenes mismos están pidiendo de diferentes maneras ser iluminados y acompañados en el intrincado camino de su existencia. Los padres de familia y numerosos responsables civiles y eclesiales acuden a los miembros de la familia de san Juan Bosco como a expertos en educación.

También algunos salesianos me han pedido últimamente que ofrezca algunas reflexiones acerca de la modalidad educadora de nuestra misión.

Hoy se advierte un aflorar de la educación, tanto

en la sociedad civil como en la Iglesia, y por otro lado surgen objeciones a las que conviene dar respuesta.

Durante una larga conversación con un ministro del gobierno de Fidel Castro en La Habana, escuché impresionado la siguiente afirmación sobre la juventud de la revolución: La inmoralidad y la falta de mística entre los jóvenes constituye una de las preocupaciones más graves del Régimen.

En otro contexto, esta vez en Praga, durante una visita al viceprimer ministro del gobierno actual, oí valorar la situación eclesial así: La Iglesia se ha visto obligada a vivir arrinconada cuarenta años; si ahora no sale a campo abierto, no logrará influir en una juventud que no está vinculada ni a la parroquia ni a ninguna institución eclesial, desconoce totalmente el Evangelio, ha sido desviada por una ideología atea y ha crecido con una mentalidad que carece de ética personal.

En casi todas las sociedades, la educación ya no se considera como actividad orientada a formar al cristiano; su ambiente cultural es laicista o de religiones antiguas.

La Iglesia, en el concilio Vaticano II, tomó nota del cierre —si cabe hablar así— de una época de cristiandad, para proponer otra modalidad de relaciones con el mundo. Por eso habla de nueva evangelización y de replanteamiento pastoral. Todo ello afecta precisamente, y en profundidad, al ámbito de la educación.

Si, en particular, miramos los numerosos pueblos de otras religiones, nos encontramos con modelos pedagógicos diferenciados, impregnados de una religiosidad concreta que ofrece valores positivos específicos, pero que tienen en común el hecho —nada indiferente para nosotros— de que, en su antropología, prescinden del misterio de Cristo y, por tanto, de una visión completa del hombre y un con-

junto de mediaciones concretas misteriosamente eficaces que favorecen la plena maduración de la persona.

La objeción de fondo que procede de estas variadas y complejas situaciones es que la educación de la juventud, tan fundamental e imprescindible en cualquier sociedad, no sólo no está vinculada de hecho a la evangelización, sino que queda aislada de ella porque se considera como un sector cultural con un campo de desarrollo autónomo.

Esta emergencia del hecho educativo hay que relacionarla, sobre todo, con la afirmación del puesto central del hombre en el cosmos y en la historia: un masivo giro antropológico.

Se refiere al hombre en sí mismo, en su subjetividad abierta a mil posibilidades. Es una de las expresiones del gran signo de los tiempos que llamamos proceso de personalización.

Surge, pues, una problemática inédita que choca directamente contra el significado y las modalidades de nuestra acción educadora y los pone en discusión. El XXIII Capítulo General nos invitó a saber asumir los valores que ofrecen los signos de los tiempos, discerniéndolos a la luz de la fe. Al entrar, pues, en el actual gran giro antropológico, tendremos que eludir con claridad el peligro del antropocentrismo reductivo que lo caracteriza culturalmente.

En las reflexiones que siguen, no pretendemos afrontar los amplios aspectos del actual hecho educativo, profundizado por las ciencias del hombre; tampoco es posible hacer un examen de las múltiples exigencias de las situaciones concretas y de las diferencias culturales. Aquí nos interesa reflexionar sobre el problema de la relación mutua de nuestra actividad educadora con la evangelización. La iluminación que nos venga de ello requerirá nuevos esfuerzos de discernimiento y estudio, pues su modalidad de aplicación será una en las sociedades se-

cularizadas, otra en los pueblos que se debaten en el fatigoso proceso de liberación y otra en las culturas vinculadas a las grandes religiones de Oriente, etcétera.

La consideración acerca de relación mutua entre maduración humana y crecimiento cristiano debemos tenerla como básica e indispensable en todas las situaciones. De su recta interpretación depende la justa y eficaz aplicación de nuestras mismas Constituciones: artículos 31 al 43.

En una palabra, pues: giro antropológico, sí; pero en su vértice Cristo, el hombre nuevo.

Urgencia de una nueva educación

Ya en la carta *Iuvenum patris* afirmaba Juan Pablo II que «san Juan Bosco es actual [porque] enseña a integrar los valores permanentes de la tradición con las soluciones nuevas, para afrontar con creatividad las demandas y los problemas emergentes; en estos nuestros difíciles tiempos continúa siendo maestro, proponiendo una educación nueva, contemporáneamente creativa y fiel»¹.

Y en el discurso al XXIII Capítulo General (1 de mayo de 1990) nos exhortaba en el mismo sentido: «Habéis elegido bien: la educación de los jóvenes es una de las grandes cuestiones de la nueva evangelización»².

Con razón dicho Capítulo nos había recordado que las personas y las sociedades se transforman mediante la cultura que emerge³; lo cual implica necesariamente una educación nueva, pues ésta es el sector fundamental de cualquier cultura.

Por ello pude afirmar, en el discurso de clausura, que «la formación de los jóvenes en la fe» presenta hoy tantos aspectos peculiares, que requiere una educación nueva⁴.

1. *Iuvenum patris* 13.

2. XXIII Capítulo General 332.

3. Cf. XXIII Capítulo General 4.

4. Cf. XXIII Capítulo General 348.

Vivimos un cambio de época y se nos invita, como discípulos de Cristo, a fermentar la cultura actual con una fe viva. Para ello, hay que discernir con atención y saber captar en profundidad los problemas que plantean los cambios en curso.

He aquí rápidamente los aspectos más importantes que emergen de los signos de los tiempos: secularización y progreso de las ciencias y de la técnica; democratización y desarrollo del sentido social; liberación y búsqueda de justicia; personalización y conciencia de la dignidad de todo sujeto humano; promoción de la mujer y valoración de la femineidad; protagonismo y corresponsabilidad en una sociedad cada vez más compleja; jerarquía de los valores y pluralismo de valoraciones; educación en la ciudadanía y presencia formativa de numerosos agentes paralelos y discordantes; circulación de nuevos temas fecundos: paz, ecología, solidaridad, derechos humanos, etcétera. Es un amplio ámbito de horizontes en expansión, rico en valores y, por consiguiente, también en sus contrarios, que influyen profundamente en el modo de pensar y de actuar y afectan al modo de vivir las personas, las familias y las instituciones sociales. Por desgracia, a primera vista, parecerían más arrolladores los puntos negativos. El sofisticado sistema de la comunicación, con su énfasis en lo placentero y efímero más que en lo importante y verdadero, corre peligro de estimular el culto de la apariencia, marginando las fronteras de la interioridad y de los verdaderos ideales. En la cabeza y en el corazón de las personas, y sobre todo de los jóvenes, existe el peligro nada imaginario de que penetre cada vez con mayor prepotencia una veta de materialismo y hedonismo, merced al sinfín de mensajes ocultos inducidos por la comunicación de masas. En los ritmos psicológicos de nuestro tiempo hay una tendencia a acentuar, sobre todo, el presente, en contraste o sin demasia-

da memoria del pasado y con impaciente prisa por el futuro. El devenir se nos hecha encima: avanza con movimiento veloz. Nos urge tener conciencia de ello.

El emerger del hecho educativo lleva consigo al menos dos tipos de novedad que influyen en nuestra tarea. Por una parte, los valores positivos de los signos de los tiempos: representan un verdadero crecimiento en humanidad y afirman la centralidad del hombre, subrayando su subjetividad (autoconciencia, libertad, protagonismo). Desde este punto de vista, el joven se presenta como el primer actor de su crecimiento, en cuanto persona consciente y libre y, por tanto, capaz no sólo de recibir y asimilar, sino también de crear y modificar, formándose convicciones y creencias propias. Por otra parte, sin embargo, este giro antropológico se piensa hoy y se presenta como una realidad que no necesita ser llevada a Cristo, pues el hombre tendría en sí mismo —prescindiendo del misterio del Verbo encarnado— todas las razones de su dignidad y toda la capacidad para dar sentido a la historia.

Esta doble novedad (valores positivos y prescindencia de Cristo), que en la actualidad influye con fuerza en el hecho educativo, nos interpela directamente, exigiéndonos una educación nueva.

Nuestra misión de evangelizadores pasa por la opción educativa: si no evangelizamos educando, corremos peligro de perder nuestra identidad. Nos es urgente ser expertos en el conocimiento de los nuevos valores culturales, a fin de promoverlos superando con sabiduría la tragedia del contraste entre Evangelio y cultura, tendiendo un puente válido y amplio entre el hecho educativo y el hecho pastoral. La insistencia del Papa sobre una nueva evangelización significa, para nosotros, la obligación de dedicarnos a comprender y profundizar el actual giro antropológico: asumir los valores del crecimiento en

humanidad y del proceso de personalización a la luz de una centralidad del hombre que sólo es verdadera y completa cuando se pone en relación objetiva con el acontecimiento histórico de Cristo⁵.

En tal sentido hablamos de nueva educación. Sin ella no participaremos válidamente en la nueva evangelización.

Interpelación de los jóvenes

El XXIII Capítulo General nos presentó una visión sintética de la situación actual de la juventud⁶, sus actitudes ante la fe⁷ y los retos que nos interpelan con mayor urgencia⁸.

«Pero hay un reto —afirma el Capítulo— que es síntesis y origen de los demás y cruza por todos ellos: el reto de la vida»⁹.

Este reto global no se refiere sólo a tal o cual aspecto de la existencia, pues son las mismas bases profundas del vivir personal (y colectivo) las que no se tienen en cuenta o se mutilan y empobrecen, y se olvidan o se desfiguran los valores formativos básicos. El reto de la vida exige una búsqueda clara de sentido e identidad, a fin de comprender los fundamentos mismos del ser y del actuar humano.

El Capítulo centró su atención en tres objetivos cualificantes: formar la conciencia personal hasta la cumbre de su dimensión religiosa¹⁰, dar autenticidad al amor como la expresión humana más alta en las relaciones interpersonales¹¹ y cultivar la dimensión social de la persona de cara a una cultura de la solidaridad¹². Es decir, nos invitó a promover el proceso de personalización, considerando a los jóvenes como verdaderos actores de su formación.

Resulta, pues, más que evidente que la nueva educación no puede reducirse a simple método de instrucción, erudición y enseñanza, o sólo a saber

5. Cf. *Constituciones* 31.

6. Cf. XXIII Capítulo General 45-63.

7. Cf. XXIII Capítulo General 64-74.

8. Cf. XXIII Capítulo General 75-88.

9. XXIII Capítulo General 87.

10. Cf. XXIII Capítulo General 182-191.

11. Cf. XXIII Capítulo General 192-202.

12. Cf. XXIII Capítulo General 203-314.

científico y técnico, sino que debe mirar al crecimiento y maduración de la persona en sus criterios de juicio, en su sentido ético de la existencia, en los horizontes de la transcendencia y en los modelos de comportamiento concreto, junto a una valoración positiva del progreso de las ciencias y de las técnicas con miras a una humanización de la convivencia social.

En la cultura actual se habla con complacencia de la llegada de un hombre nuevo; y en realidad hay una serie de expresiones culturales que dan testimonio de una originalidad nada indiferente. No obstante, si observamos las direcciones concretas que toman esas novedades, vemos que les falta una visión superior y fácilmente inducen al subjetivismo. La aceleración de los cambios hace ver que, junto a la superación de un determinado modelo cultural del ciudadano de ayer, el hombre nuevo de esta cultura necesita realmente valores que vayan más allá del bienestar, más allá de una visión antropocéntrica centrada en la eficacia y más allá de la indefinida capacidad creativa de la libertad personal, a fin de asegurar las fuentes que inspiran una personalidad humana más genuina. La fe nos hace descubrir que los cambios actuales y la transcendencia de la persona remiten a Cristo y a su condición histórica de único y verdadero hombre nuevo.

En el contexto de este horizonte se comprende la actualidad de la idea que el Santo Padre repite una y otra vez: «El hombre es el camino de la Iglesia. Su única finalidad ha sido la atención y responsabilidad hacia el hombre, confiado a ella por Cristo mismo; hacia este hombre, que es ... la única criatura que Dios ha querido por sí misma y sobre la cual tiene su proyecto ... No se trata del hombre abstracto, sino del hombre real, concreto e histórico: se trata de cada hombre, porque a cada uno llega el misterio de la redención y con cada uno

13. *Centesimus annus* 53. se ha unido Cristo para siempre por su medio»¹³.

Nos resulta evidente la urgencia de entrar en el giro antropológico con la misma preocupación pastoral con que la Iglesia se dirigió al hombre en el concilio ecuménico Vaticano II.

«No debemos partir —observa el cardenal Ballestrero— de la idea de que el hombre es como es, sino del principio de que el hombre debe ser como Dios lo hizo. Este principio es capital... Yo creo en el hombre no porque lo conozco en su acontecer, en su itinerario cotidiano, en sus caprichos, en sus fantasías y en sus rebeliones; cuando veo una persona, me digo: A pesar de todo, es una criatura de Dios. Aquí está el fundamento de mi confianza en ella... Lo irremediable de ser criatura de Dios tengo que valorarlo en el plano educativo. Yo diría que la educación es un arte, porque la aplicación de tal principio se vincula al respeto de la identidad histórica de cada uno»¹⁴.

14. A. BALLESTRERO, *Dio, l'uomo e la preghiera*, SEI, Turín 1991, págs. 14-15.

Distinción entre educación y evangelización, como tales

Hoy día, pues, se tiende a presentar el hecho educativo, predominantemente, de forma laicista.

Por otra parte, ¿quién no ha visto a más de un salesiano profesor olvidarse de ser evangelizador? ¿O, por el contrario, algún otro que, en la catequesis, la liturgia y la religión, descuida las oportunas dimensiones pedagógicas porque le falta experiencia en las ciencias y técnicas de la educación y, por tanto, es incapaz de responder a las interpelaciones culturales? Desgraciadamente, el peligro de la disociación entre tarea cultural y quehacer pastoral —incluso entre nosotros mismos— no es imaginario.

Educación y evangelización son dos acciones en sí diferentes, que pueden desconectarse mutuamente; pe-

ro la unidad de la persona del joven pide que no se separen. Tampoco basta la simple yuxtaposición, como si fuera normal que se ignoraran recíprocamente.

Vale la pena detenerse aquí un poco para hacer alguna aclaración sobre la distinción específica de ambos polos. Ciertamente, el objetivo de la acción educadora se distingue, en sí mismo, del de la actividad evangelizadora; cada una tiene su propia finalidad con caminos y contenidos peculiares. Hemos de saberlas distinguir, no para separarlas, sino para unir las armónicamente en una complementariedad de praxis orgánica.

— *La educación*, en sí misma y en cuanto actividad educadora, se sitúa en el ámbito de la cultura y forma parte de las realidades terrenas; se refiere al proceso de asimilación de un conjunto de valores humanos en evolución, con una meta específica propia. En tal sentido, podemos hablar incluso de una laicidad propia, dados sus contenidos creaturales universalmente compartibles con todos los hombres de buena voluntad. Recordemos, en este aspecto, lo que en su día meditamos en la circular sobre la nueva evangelización con referencia a la necesidad de conocer y profundizar hoy la teología de la creación¹⁵.

La actividad educadora tiene una legitimación intrínseca propia, que no se ha de instrumentalizar ni manipular. Su finalidad es promover al hombre, es decir, hacer que el joven aprenda el oficio de ser persona. Se trata de un proceso que se realiza en un largo y gradual camino de crecimiento. Más que tender a imponer normas, procura hacer cada vez más responsable la libertad y desarrollar los dinamismos de la persona, apelando a su conciencia, a la autenticidad de su amor y a su dimensión social. Es un verdadero proceso de personalización, que debe madurar en todo individuo.

La actividad educadora implica dos presupuestos

15. Cf. Actas del Consejo General 331, octubre-diciembre de 1980, págs. 14-15.

que debemos tomar en consideración. El primero se refiere, precisamente, a su naturaleza de proceso, o sea, a aquel largo devenir de crecimiento que implica necesariamente una gradualidad bien calibrada; el segundo nos recuerda que la educación no puede reducirse a simple metodología. La actividad está vitalmente ligada a la evolución del sujeto. Es una especie de paternidad y maternidad, como si se tratara de una generación humana compartida para el desarrollo de valores básicos, tales como la conciencia, la verdad, la libertad, el amor, el trabajo, la justicia, la solidaridad, la participación, la dignidad de la vida, el bien común, los derechos de la persona. Precisamente por eso, procura también que se evite lo que degrada y desvía: las idolatrías (riqueza, poder, sexo), la marginación, la violencia, los egoísmos, etcétera. Se dedica a que el joven crezca desde dentro, a fin de hacerse hombre responsable y actuar como un ciudadano honrado.

Educar quiere decir, pues, participar con amor paterno y materno en el crecimiento del sujeto a la vez que se cuida también, para ello, la colaboración con otros, pues la relación educativa supone varios agentes colectivos.

— En cambio, *la evangelización* —tomada en su acepción amplia—, por sí misma se ordena a transmitir y cultivar la fe cristiana; pertenece al orden de aquellos acontecimientos de salvación que provienen de la presencia de Dios en la historia y se dedica a hacerlos conocer, a comunicarlos y hacerlos vivir en la liturgia y en el testimonio. No se identifica simplemente con una normativa ética, porque es revelación trascendente; no parte de la naturaleza o de la cultura, sino de Dios y de su Cristo.

Aunque supera el ámbito de las realidades terrenas, tiende objetivamente a encarnarse en las personas y en las culturas. Es una actividad propia del orden de la encarnación; se apoya en la presencia

del Espíritu Santo; lleva consigo algo que supera lo humano; en una palabra, se refiere al misterio del Verbo hecho hombre, consciente de que, en dicho misterio, Cristo no se presentó como alternativa, sino como asunción, promoción y salvación de toda la realidad humana. Conviene advertir, además, que el punto de referencia última de la evangelización no lo constituye un conjunto de valores, sino una persona viva: Cristo, alfa y omega del universo.

El objetivo de la acción evangelizadora no es simplemente una instrucción religiosa sobre determinadas verdades cristianas; consiste propiamente en la formación del creyente, o sea, de una persona que vive de fe en Cristo y se compromete con él en los aspectos duros y fatigosos de la vida. Así, la actividad evangelizadora no es únicamente anuncio, sino que implica igualmente testimonio, entrega —también aquí paterna y materna— y servicio gradual y adaptado, que requiere sensibilidad educativa, cuyas raíces se hallen en una perspectiva antropológica; por tanto, una acción en sí misma abierta y dirigida a la educación. De ese modo, la Iglesia, experta en humanidad, se hace también experta en educación, porque en ella todo se ordena al crecimiento del hombre.

— Resumiendo, las dos acciones son en sí mismas distintas, pero ambas actúan en la unidad orgánica de la persona del joven: son dos modos complementarios de ocuparse del hombre; nacen de fuentes diversas, pero confluyen en la tarea de engendrar al hombre nuevo; están hechas para colaborar plenamente en el crecimiento unitario del joven.

No olvidemos una consideración que es anterior. Entre educación y evangelización existe, por su misma naturaleza, un nexo orgánico muy profundo. Lo recordaba Juan Pablo II en la famosa encíclica *Redemptor hominis*. Se descubre este nexo ponien-

do en relación el misterio de la creación con el de la redención. La redención —afirma el Papa— es una creación renovada¹⁶.

16. *Redemptor hominis* 8.

El Verbo no se encarnó en una realidad ajena a Dios, sino en la imagen de sí mismo proyectada en el hombre creado. El Verbo, pues, no se encarnó para añadir nuevos valores parciales, sino para purificar, dar plenitud y elevar los valores humanos de la creación: «*mirabilis reformasti*». Cristo es el segundo Adán, el hombre nuevo; es más hombre que todos cabalmente porque es Dios; no es alternativa —como decíamos—, sino plenitud: es el Señor de la historia. Lo dice claramente el Concilio: «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir (cf. Rm 5, 14), es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo —el nuevo Adán—, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación»¹⁷.

17. *Gaudium et spes* 22.

La fe está hecha para vivir en el hombre y el hombre está hecho para vivir de fe: fe y vida son el binomio del futuro. «Una fe que se colocara al margen de lo que es cultura sería una fe que no refleja la plenitud de lo que manifiesta y revela la palabra de Dios, una fe decapitada; peor todavía, una fe en proceso de autoaniquilación»¹⁸.

18. JUAN PABLO II, *Constitución apostólica sobre las universidades católicas*: ECE 44.

Cuando el XXIII Capítulo General habla de educar a los jóvenes en la fe, ciertamente no pretende promover una forma antropocéntrica de educación. La expresión capitular «educar en la fe» significa propiamente educar evangelizando. Aquí el verbo 'educar' no es autónomo; su significado está plenamente relacionado con la palabra 'fe'. Si el verbo 'educar' fuera autónomo, indicaría sólo una tarea de nivel cultural; en cambio, la expresión del Capítulo quiere señalar una tarea de nivel pastoral. No signi-

fica, pues, lo mismo decir 'educar' sólo en su acepción cultural, que decir 'educar en la fe' en el sentido capitular. Para influir en la realidad viva del sujeto, tenemos que lograr que se compenetren, con reciprocidad de influjo, las aportaciones de la educación y las riquezas de la evangelización, en mutua circularidad, sin que se resuelvan conceptualmente una en otra, y haciendo que confluyan armónicamente en la actividad pedagógico-pastoral dirigida a la unidad de la persona que crece.

En una palabra, el verdadero fin último del hombre nuevo sólo es uno y a él tienden operativamente las dos preocupaciones: ¡se trata de tomar en serio la historia!

¿Primero educar y después evangelizar?

Aun dando por evidente la mutua reciprocidad entre educación y evangelización, todavía cabe preguntar si, en nuestra tarea, es primero la una o la otra, a fin de saber por dónde empezar a caminar.

En realidad la pregunta es artificiosa. El Capítulo exige simultáneamente la interacción de las dos.

Podríamos recordar que existen algunas realidades que están antes que la actividad educadora. En primer lugar, el joven, tal como es, en la integridad orgánica de su persona y del sentido total de su vida: «Imitando la paciencia de Dios, acogemos a los jóvenes tal como se encuentra el desarrollo de su libertad»¹⁹.

Después viene la aportación de los actuales valores de la cultura emergente con su contexto existencial, que requiere sentido crítico e inteligencia creativa.

Por último, la otra realidad que debe preceder necesariamente es la habilidad pedagógico-pastoral del educador, movido por una ferviente espirituali-

19. *Constituciones* 38.

dad pedagógica: aquí es donde reside el verdadero secreto de la inseparabilidad de ambos polos.

Supuestos dichos antecedentes, debemos convenirnos de que la educación debe inspirarse desde el principio en el Evangelio y de que la evangelización requiere ya desde el primer momento ser adaptada a la condición evolutiva de los jóvenes. La educación encuentra su significado completo y una razón más de fuerza en el mensaje evangélico, y la evangelización se dirige plenamente hacia el hombre vivo, y halla su eficacia en los acercamientos pedagógicos.

Por otra parte, desde siempre el Evangelio, que de por sí trasciende la evolución humana, se ha encarnado en las diversas culturas, asumiendo sus valores, purificándolas y perfeccionándolas con el ofrecimiento de horizontes más amplios e influyendo incluso en las diversas formas de sus expresiones: arte, literatura, ciencia, derecho, política, economía, etcétera.

Es urgente confrontar hoy la promoción del hombre con las riquezas del misterio de Cristo.

Así, la praxis educativa que sugirió el Capítulo aparece simultáneamente como participación y prosecución de la obra creadora del Padre y de la redención del Hijo.

Es verdad que, en un cambio tan profundo como el que vivimos a las puertas del tercer milenio, la evangelización ya no puede contar —como en el pasado— con un contexto social de religiosidad cristiana; pero, precisamente por ello, deberá escuchar las interpelaciones de los tiempos, considerar con atención profética los presupuestos de la respuesta humana a Dios y acudir a las disposiciones naturales y culturales que muestran una apertura a la transcendencia personal (búsqueda de religiosidad), a la transcendencia social (búsqueda de solidaridad), a la transcendencia de sentido de

la existencia (búsqueda de valores) y a la trascendencia de espiritualidad (búsqueda profunda, aunque no siempre explícita, del misterio de Cristo).

Aquí se intuye la inseparabilidad, la recíproca atracción y la necesidad de mutua y simultánea interacción de ambos polos.

Opción de campo de san Juan Bosco y ejemplaridad de su praxis

Un dato que nos ilumina el significado de la expresión capitular «educar a los jóvenes en la fe» es pensar que nuestro Fundador fue suscitado por el Señor para los jóvenes, en cuanto destinatarios privilegiados de su actividad evangelizadora; cabalmente por ellos eligió, como campo de trabajo, la educación. Situó, así, su misión apostólica en el área de la cultura humana. Tradujo su ardiente caridad pastoral a formas concretas y eficientes de intervención educativa, convirtiéndose en padre, maestro y amigo de los jóvenes.

Con su original vivencia dio un sello propio a la praxis educadora; le infundió un alma de vitalidad permanente; sintió la necesidad de dar orden y carácter orgánico a las actuaciones pedagógicas; se dedicó a una renovación concreta de la sociedad a partir de un trabajo renovado y global con la juventud de los estratos populares. Su praxis pedagógica se presenta como una actuación operativa convergente, en varios niveles: culturalmente, moviéndose entre tradición y modernidad; socialmente, actuando entre sociedad civil y convencida pertenencia eclesial; pedagógicamente, conjugando instrucción, adiestramiento, educación y evangelización; metodológicamente, actuando a la vez sobre los individuos, sobre los grupos y sobre la masa. Las separaciones demasiado rígidas se adaptan mal a su praxis viva.

Aquí nos interesa, en particular, una reflexión acerca de la integración armónica y el mutuo intercambio entre educación y evangelización.

La praxis educadora es un arte, y la realiza un artista. Ni en el arte ni en el artista se dan separados los aspectos que intervienen en la acción, sino que se compenetran en una energía de síntesis viva que sabe hacer confluír armónicamente las aportaciones de los diversos aspectos en la expresividad de la obra que se quiere producir.

Evidentemente, en el hecho educativo no se trata de esculpir un bloque de mármol, sino de saber acompañar a un sujeto libre a lo largo del proceso de su maduración. El concepto de arte, aplicado a la educación, se ha de interpretar analógicamente, como hacemos en el orden espiritual y ascético, donde se describe como «arte de las artes».

En anatomía distinguimos y separamos: en las ciencias, la óptica de la distinción es fundamento de la identidad y autonomía de cada disciplina. En la vida, por el contrario, prevalece lo orgánico, que une múltiples diferencias; y, así, en el arte triunfa el genio de quien sabe concentrar más aspectos enriquecedores en la realización de la obra maestra.

No sólo es arte la tarea educadora; la actividad evangelizadora también implica de hecho, en su impulso intrínseco de inculturación, una dimensión de arte —aunque suponga vitalmente la intervención directa del Espíritu del Señor, que por sí trasciende cualquier metodología humana—, pues es una actividad que no suele prescindir de la colaboración humana; por algo Cristo envió a sus Apóstoles a las diferentes culturas y pueblos: «Id y haced discípulos de todos los pueblos ... enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado»²⁰.

La praxis pedagógica de san Juan Bosco une indisolublemente entre sí educación y evangelización, no de cualquier modo, sino con una peculiar com-

20. *Matteo* 28, 19-20.

penetración armónica. La obra maestra a que llega es el ciudadano, que será cabal si es buen cristiano.

Para descubrir el secreto de la compenetración entre ambos polos, debemos penetrar en la personalidad del artista, a fin de procurar comprender en qué ha consistido su habilidad.

Después del XXI Capítulo General ya hicimos una reflexión sobre este tema, tan vital para nosotros, en la circular «El proyecto educativo salesiano», de agosto de 1978²¹. Ahora tomamos de nuevo su hilo, convencidos de que el XXIII Capítulo General nos impulsa a una mejor realización del mismo.

Nuestro trabajo es simultáneamente pedagógico y pastoral: nuestra pastoral respira y actúa en el área de la educación; y nuestra actividad educadora se abre con asidua y competente inteligencia al evangelio de Cristo.

San Juan Bosco siempre excluyó, en su actividad pedagógico-pastoral, cualquier género de disociación entre ambos polos. El XXI Capítulo General afirmó con claridad: «Tenemos conciencia de que educación y evangelización son actividades distintas en su orden; pero se hallan estrechamente unidas en el terreno práctico de la existencia»²².

¿Cuál es, por tanto, la característica pedagógico-pastoral de san Juan Bosco? Se sitúa en la inexhausta tradición cristiana, que siempre, y sobre todo del Humanismo en adelante, ha encontrado en la educación el camino real de la pastoral juvenil: no podemos aislar a san Juan Bosco de esta tradición de la Iglesia. No obstante, actuó con una modalidad propia, que nos dejó en herencia como elemento concreto de su carisma.

Las Constituciones hablan de la herencia del Sistema Preventivo en dos artículos —el 20 y el 38—, colocados en niveles distintos aunque evidentemente complementarios: el primero es expresión del espíritu salesiano, que impregna toda la persona del

21. *Actas del Consejo Superior* 290, julio-diciembre de 1978.

22. XXI Capítulo General, 14.

educador; el segundo señala el criterio metodológico de nuestra misión para acompañar a los jóvenes en el delicado proceso de crecimiento de su humanidad en la fe.

Podemos decir que ambos artículos nos revelan el secreto que buscamos. En el santuario más íntimo de la personalidad de san Juan Bosco, como su primero y fecundo dinamismo inspirador, encontramos la caridad pastoral: el 'da mihi ánimas' vivido según la índole original e inconfundible del oratorio del Valdocco; es el «centro y síntesis» del espíritu salesiano²³. En la perspicacia y carácter práctico y creativo de san Juan Bosco, con miras a la acción, hallamos la inteligencia pedagógica, que encarna su caridad pastoral en el área cultural de la educación, con todas las exigencias propias de una pedagogía adecuada.

La caridad pastoral impulsa y anima continuamente hacia la meta; la inteligencia pedagógica guía en el método, en la determinación de las áreas, en la preparación de los itinerarios y en la praxis circunstanciada. «Entre impulso pastoral y método pedagógico —escribí en la circular de 1978— se puede percibir una delicada distinción, útil para la reflexión y profundización de aspectos sectoriales; pero sería ilusorio y peligroso olvidar la íntima relación que los une entre sí tan radicalmente, que resulta imposible su separación. Querer disociar de su alma pastoral el método pedagógico de san Juan Bosco sería destruir una y otro»²⁴.

Poder afirmar que el arte educador de san Juan Bosco implica en su persona la unión profunda entre caridad pastoral e inteligencia pedagógica es asegurarnos la claridad y las prioridades de las tareas que debemos afrontar para poner en práctica las determinaciones capitulares y, especialmente, para indicarnos lo que presupone necesariamente en nosotros una nueva educación.

23. Cf. *Constituciones* 10.

24. *Actas del Consejo Superior* 290, pág. 13.

Pero tratemos de seguir adelante.

Educar evangelizando

En nuestros discernimientos posconciliares hemos expresado la opción de campo de san Juan Bosco mediante el eslogan de «evangelizar educando y educar evangelizando»²⁵. Es una fórmula que considero acertada y llena de expresividad. Sin embargo, hay que entenderla bien, para no dar cabida a formas de desunión que exalten un aspecto y de hecho olviden el otro, o reduzcan el uno al otro sin tener en cuenta la dinámica que existe entre ambos y su relación mutua.

Si falta esta profundización, corremos el peligro de caer en formas de naturalismo —olvido de la acción interior de la gracia y de la actuación del Espíritu Santo—, o de sobrenaturalismo —olvido del trabajo humano y de la necesaria competencia pedagógica requerida por el arte de educar en la fe—.

Aquí vale la pena citar un pensamiento de la exhortación apostólica *Catechesi tradendae* donde se invita a reflexionar sobre la pedagogía original de la fe. «Entre las numerosas y prestigiosas ciencias del hombre —afirma el Papa— que han progresado enormemente en nuestros días, la pedagogía es, sin duda, una de las más importantes. Las conquistas de las otras ciencias —biología, psicología, sociología— le ofrecen aportaciones preciosas. La ciencia de la educación y el arte de enseñar son objeto de continuos replanteamientos con miras a una mejor adaptación y a una mayor eficacia, aunque con resultados desiguales. Pues bien, hay asimismo una pedagogía de la fe, y nunca se ponderará bastante lo que ésta puede hacer por la catequesis, ya que resulta normal adaptar, en beneficio de la educación en la fe, las técnicas perfeccionadas y compro-

25. Cf. Capítulo General Especial 274-341; XXI Capítulo General 80-104.

26. *Catechesi tradendae* 58.

badas de la educación en general. Sin embargo, es importante tener presente en todo momento la originalidad fundamental de la fe»²⁶.

Creo que esta cita de Juan Pablo II es sin duda útil para iluminar nuestra praxis pastoral y pedagógica, y pienso que nos debe acompañar al releer algunas exigencias del Sistema Preventivo.

Ya hemos visto que la educación nunca debe ser estática, pues tiene que adecuarse continuamente al devenir del sujeto y de la cultura. Ha de poder ofrecer a la evangelización una lectura existencial de los valores humanos que debe impregnar, profundizar la naturaleza específica que para ella ha querido el Creador dotándola de consistencia y finalidad propias, hacer percibir el sentido realista de la gradualidad del camino y ayudar a programar los itinerarios. Tiene que saber realizar también una función crítica positiva frente a ciertas modalidades de evangelización que pueden pecar de ingenuidad y de abstracción, así como saber estimular, al trazar el proyecto pastoral, una indispensable conciencia pedagógica, para no prescindir nunca del fundamental aspecto positivo de los valores humanos, aunque estén heridos por el pecado.

Pero educar evangelizando significa, sobre todo, no olvidar nunca la unidad substancial de la persona del joven. La actividad educativa, pues, debe mantenerse inteligentemente abierta a quien le indica con claridad y objetividad la finalidad suprema de la existencia humana y basarse en una antropología que no excluya el acontecimiento histórico de Cristo.

Sabemos igualmente que la actividad evangelizadora se ordena a la formación del creyente, es decir, a cuidar la fe de este hombre redimido por Cristo, sabiendo muy bien que la revelación «no es propiamente maduración humana o respuesta explícita a una situación problemática, sino iniciativa

de Dios, don, interpelación, vocación, pregunta. El Evangelio, antes incluso de responder, pregunta»²⁷.

El evangelizador no puede renunciar a ser, ante todo, profeta de la palabra de Dios. Pero el Evangelio está hecho para ser inculturado, nunca ha existido en abstracto; la palabra de Dios es lluvia que fecunda la tierra; la fe no existe como algo autónomo; el creyente es un hombre vivo que incluye el 'oficio de ser persona' en cuanto dimensión cumbre de su existencia, el oficio de confrontarse con Cristo su hermano, nuevo Adán.

Actualmente se insiste en promover el crecimiento de una fe operativa que se caracterice por la dimensión social de la caridad con miras a la llegada de una cultura de la solidaridad; se cuida la consolidación, en cada uno de los creyentes, de la comunión y participación eclesial con especial referencia a la Iglesia local y a una convencida adhesión al ministerio de Pedro; se da prioridad a la implicación activa del laicado asignando un lugar preferente a los jóvenes, para que sean de verdad «protagonistas de la evangelización y artífices de la renovación social»²⁸; se estimula un aumento de la sensibilidad hacia los últimos (pobres, marginados, emigrantes y los más necesitados en general), y se reaviva un mayor conocimiento y corresponsabilidad en la acción misionera. Todos ellos son aspectos que introducen en la pastoral una grandísima urgencia de encarnarse de modo concreto en la actual condición humana; en una palabra, se trata de saber evangelizar educando.

La actividad educadora, a su vez, encuentra en el Evangelio una ayuda formativa para la maduración de la libertad y de la responsabilidad, un apoyo en la búsqueda de identidad y de sentido, una guía iluminante para la formación de la conciencia, un modelo sublime para la autenticidad del amor,

27. Actas del Consejo Superior 290, pág. 41.

28. *Christifideles laici* 46.

un horizonte más claro y obligante para la dimensión social de la persona, y una modalidad más amplia de actuación y de servicio en el común camino hacia el Reino. La dignidad de la persona se eleva, en la interacción con la fe, a la cumbre de su carácter creatural de imagen de Dios con un destino transcendente que da nuevo rostro a todos los derechos humanos.

Además, el educador, dentro del proceso de maduración del sujeto, hace más consciente la actividad pastoral —cabría decir, incluso, que la educa— para ofrecer oportunamente al crecimiento personal un suplemento de alma. De ese modo, las aportaciones específicas de la evangelización (escucha de la palabra de Dios, oración y liturgia, efectiva comunión eclesial, participación activa en los quehaceres de la caridad) son también, además de modos de vivir cristianamente, mediaciones exquisitamente educativas, que pueden conducir a gustar las riquezas de la libertad y de la responsabilidad. Responden magníficamente a la búsqueda de sentido e identidad y ayudan a discernir los verdaderos valores en el desconcierto general del pluralismo.

La preocupación evangelizadora de san Juan Bosco —nos escribió el Papa— «no se limita a la catequesis, o a la liturgia, o a los actos religiosos que requieren ejercicio explícito de la fe y a ella conducen, sino que abarca todo el dilatado sector de la condición juvenil. Se coloca, pues, en el proceso de formación humana, consciente de las deficiencias, pero también optimista en cuanto a la maduración progresiva y convencido de que la palabra del Evangelio debe sembrarse en la realidad del vivir cotidiano, a fin de lograr que los jóvenes se comprometan con generosidad en la vida. Dado que se hallan en una edad peculiar para su educación, el mensaje salvífico del Evangelio los deberá sostener a lo largo del proceso de su educación y la fe

habrá de convertirse en elemento unificador e iluminante de su personalidad»²⁹.

Nuestro Fundador estaba convencido de que la educación del ciudadano íntegro tiene sus raíces en la formación del buen cristiano; más aún, afirmaba que «sólo la religión (es decir, la fe cristiana) es capaz de comenzar y llevar a cabo la gran tarea de una verdadera educación»³⁰.

«Es cierto que su mensaje pedagógico —nos escribió también el Papa— requiere aún ser profundizado, adaptado y renovado con inteligencia y valentía, precisamente porque han cambiado los contextos socioculturales, eclesiales y pastorales ... No obstante, la substancia de su enseñanza permanece, y la peculiaridad de su espíritu, sus intuiciones, su estilo y su carisma no pierden valor, pues se inspiran en la pedagogía trascendente de Dios»³¹.

29. *Iuvenum patris* 15.

30. *Memorias Biográficas* III, 605; cf. VII, 762.

31. *Iuvenum patris* 13.

Leyendo una vez más el Sistema Preventivo

El XXIII Capítulo General es, en su conjunto, una invitación apremiante a profundizar la criteriológia pedagógico-pastoral del Sistema Preventivo, concentrando la atención sobre algunos elementos clave en la búsqueda de lo que debe ser para nosotros la nueva educación. El Papa nos recordó que la praxis de san Juan Bosco «representa, de algún modo, la síntesis de su sabiduría pedagógica y constituye el mensaje profético que legó a los suyos y a toda la Iglesia»³².

Educación y evangelización actúan, dentro del Sistema Preventivo, en íntima y armoniosa reciprocidad. Su explicación está en la intuición de que la praxis operativa de san Juan Bosco es un arte pedagógico-pastoral, pues tradujo la ardiente caridad de su ministerio sacerdotal a un proyecto concreto de educación de los jóvenes en la fe.

32. *Iuvenum patris* 8.

El arte, como decíamos, necesita tocar directamente la realidad objetiva, para incidir sobre ella en la búsqueda de sentido, de hermosura y de sublimación. Es una forma de actividad del genio; exalta su talento inventivo y su creatividad expresiva; por ella el artista se modifica también a sí mismo al realizar su tarea. Lo que le impulsa a actuar es un fuego interior, una inspiración ideal, una pasión de su corazón, iluminado por el genio. Con razón Juan Pablo II llamó a san Juan Bosco, en cuanto educador, «genio del corazón».

Hemos visto que este fuego interior se llama caridad pastoral: amor apostólico que siente predilección por los jóvenes; amor que estimula la inteligencia pedagógica a traducirse concretamente a itinerarios educativos. De este estímulo interior y de esta intuición pedagógica nació el Sistema Preventivo. No se trata de una fórmula estática y mágica, sino de un conjunto de condiciones que habilitan para la paternidad y maternidad educativa. Veamos algunas de las condiciones más significativas y que tienen su raíz en la fidelidad al Fundador, cuyo carisma es, por naturaleza, permanente y dinámico y, por tanto, en crecimiento vital. Uno de los principios guía de san Juan Bosco se formula así: «Es preciso procurar conocer nuestra época y adaptarnos a ella»³³.

Hoy nos sentimos implicados en el giro antropológico, pero no nos ahogamos en un antropocentrismo reductivo.

a. Creatividad del artista

La tarea de educar evangelizando supone, en quien la realiza, una condición de base absolutamente indispensable. La hemos visto claramente en san Juan Bosco: es a la vez impulso pastoral e inteligencia

33. *Memorias Biográficas*
XVI, 416.

pedagógica, íntimamente unidas entre sí por la gracia de unidad. Se trata de una especie de pasión apostólica, un genio pastoral, con miras a la fe de los jóvenes. El actual clima de secularización —donde incluso el desarrollo de las ciencias de la educación sigue, más de una vez, un recorrido contaminado de incrustaciones ideológicas— es una provocación de fondo para nuestra consagración apostólica.

Igual que en el arte tienen extraordinaria importancia los principios metodológicos, así la inteligencia pedagógica está llamada a dar un tonalidad especial, a imprimir una fisonomía propia a la caridad pastoral. En san Juan Bosco el principio metodológico de base para actuar como artista de la educación fue su actitud de afecto: construir confianza, familiaridad y amistad por medio de la exigente ascesis del 'hacerse querer'. El Sistema Preventivo lleva consigo la mística de la caridad pastoral y la ascesis del afecto. De aquí procede el sentido de paternidad espiritual que, aunque se dirige a muchos, sabe atender a cada uno con tacto y orientación personales en clima de familia.

El Capítulo nos recuerda que dicha caridad pedagógica no es sólo individual de cada salesiano, sino que debe ser característica de la comunidad local, porque es ésta, en definitiva, el primer agente de nuestra misión. Es, por tanto, condición fundamental, para el buen resultado de la nueva educación, que toda comunidad sea verdaderamente signo de fe y ambiente de familia, a fin de convertirse en centro de comunión y participación³⁴.

¡La creatividad del artista tiene, pues, su raíz en una espiritualidad salesiana vivida!

b. En solidaridad con los jóvenes

El llamamiento a ir a los jóvenes es la «primera y fundamental urgencia de la educación»³⁵, reali-

34. Cf. XXIII Capítulo General 215-218.

35. *Iuvenum patris* 14.

zada en una convivencia que es expresión de solidaridad operativa. El joven —lo hemos dicho con frecuencia— es sujeto activo en la praxis educativa y debe sentirse verdaderamente implicado como protagonista en la obra de arte que se pretende realizar.

La experiencia de san Juan Bosco con Domingo Savio (su obra maestra), o con Miguel Magone y Francisco Besucco, es también para nosotros sugestiva y estimulante. él no actuaba con ellos cautivándolos educativamente, sino compartiendo responsabilidades. En esto le guiaba la convicción de la primacía de la persona de los jóvenes, y, por tanto, del valor esencial de su libertad y de la importancia de su protagonismo. En la integridad armónica de la persona veía la imprescindible interacción entre educación y evangelización; y en la libertad basaba su convicción de que la tarea del educador no puede substituir la del educando, sino más bien suscitarla y fortalecerla.

En esta especie de pacto educativo compartido era donde se formaba aquel ambiente sereno y gozoso que hacía fecunda toda la actividad. Esta solidaridad educativa resulta hoy más necesaria que nunca, cuando el ambiente de la familia, de la escuela, de la sociedad y de la parroquia no está en suficiente consonancia con las exigencias formativas del crecimiento juvenil.

c. Con la mirada puesta en el Hombre nuevo

El arte de la educación, como cualquier arte, tiende, por su propia naturaleza, a la plena realización del fin por el que actúa. No se hace arte sin finalidad; su dinamismo vivo se concentra en la energía con que tiende hacia el fin, sin cansarse ni desistir durante las etapas intermedias. El olvido del fin último, o el desvío en su opción, quita sentido a to-

da la obra de arte. En el orden práctico, el fin último tiene tanta importancia como la del principio absoluto y evidente en el orden especulativo.

Ahora bien, objetivamente —por convicción de fe— el fin o la meta a que tiende la tarea educativa es Cristo, el hombre nuevo; todo joven está llamado a madurar en él y a su imagen. El XXIII Capítulo General indica con claridad la meta global, es decir, el «tipo de hombre y de creyente que hay que promover en las circunstancias concretas de nuestra vida y de nuestra sociedad como referencia en el plano de la mentalidad y de la vida»³⁶.

Nunca entenderá a san Juan Bosco educador ni su pedagogía —solía decir Alberto Caviglia— quien no parta de este principio metodológico de la conciencia clara del fin último y de su presencia constante a lo largo de todo el camino.

Actualmente surgen, desde distintas posiciones, renovadas contestaciones a esta finalidad última; desde el ámbito laicista es fácil escuchar que la educación humana no necesita ningún adjetivo que la califique, ni siquiera el de 'cristiano'; o bien, desde las grandes religiones, se objeta que cada una de ellas tiene su palabra que decir sobre el fin supremo del hombre.

No se trata de entrar en polémica, sino de estar convencidos de que el acontecimiento Cristo no es simplemente la expresión de una formulación religiosa, sino un hecho objetivo de la historia humana que se refiere en concreto a cada uno de los individuos de la especie y que da un sentido definitivo a la misma historia. Toda persona tiene necesidad de Cristo y hacia él tiende, aunque no lo sepa. Es derecho existencial de todo hombre poder llegar a él; impedirlo es, de hecho, conculcar un derecho humano. La tendencia hacia Cristo —consciente o inconsciente, adormecida o no— es intrínseca a la naturaleza del hombre, creado objetivamente en el

36. Cf. XXIII Capítulo General 112-115.

orden sobrenatural; donde el proyecto hombre está pensado con miras al misterio de Cristo, y no viceversa.

Esta consideración debe ser una convicción irremovible en el corazón y en la mente de todo educador que se inspire en el Sistema Preventivo; lo sostendrá y lo iluminará también en las situaciones de contexto adverso.

La búsqueda de eficacia, cueste lo que cueste, y el relativismo religioso suelen concentrarse más en los medios que en los fines; ello va en perjuicio de la personalidad de los jóvenes.

d. Por una labor de carácter preventivo

Juan Pablo II nos recordaba que el estilo preventivo de san Juan Bosco es «el arte de educar en positivo, proponiendo el bien en vivencias adecuadas y envolventes, capaces de atraer por su nobleza y hermosura; el arte de hacer que los jóvenes crezcan desde dentro, apoyándose en su libertad interior, venciendo condicionamientos y formalismos exteriores; el arte de ganar el corazón de los jóvenes, de modo que caminen con alegría y satisfacción hacia el bien, corrigiendo desviaciones y preparando para el mañana por medio de una sólida formación de su carácter»³⁷.

³⁷. *Lumen patris* 8.

Se trata de llegar a donde nacen y arraigan los comportamientos, a fin de lograr una personalidad capaz de decisiones propias y de discernimiento del mal, para no ser presa de las desviaciones ambientales ni de las inclinaciones de las pasiones. En esta labor preventiva, acompañada de una convivencia cordial y constante con los jóvenes, intervienen simultáneamente la pedagogía y la fe de modo concreto y operativo, no retórico ni palabrero; con insistencia gradual, con revisiones y estímulos, con hu-

mildad y realismo, con ayudas de orden natural y de naturaleza sacramental, pensando con paciencia pedagógica que «lo óptimo es enemigo de lo bueno».

e. Uniendo, en un solo faro de luz, razón y religión

Impulsado por la caridad pastoral y guiado por la metodología del afecto, el educador-pastor coordina pedagógicamente las grandes luces formativas que proceden tanto de la razón como de la fe. Ambos elementos deben confluír para desarrollar la personalidad del joven, asegurando luz a la mente y ayuda concreta a la voluntad: «iluminar la mente para hacer bueno el corazón»³⁸.

Aquí desempeña un papel especial la interacción entre educación y evangelización, la convergencia entre naturaleza y gracia, entre cultura y Evangelio, entre vida y fe. Aquí entra también la peculiar eficacia educativa del conocimiento y frecuencia de los sacramentos. No estará de más aquí una breve reflexión al respecto.

De ningún modo se rebajan los sacramentos de su orden de misterio al de medio pedagógico; lo que se piensa es, más bien, que la eficacia divina del acontecimiento Cristo tiene también una proyección propia en la praxis educativa. Cristo no es sólo la meta global y la cumbre del hombre nuevo; es asimismo «el camino y la vida», cuya eficacia intrínseca corresponde también al nivel metodológico de las mediaciones de crecimiento de la persona.

Y, en efecto, el Sistema Preventivo hace todo lo posible por concordar la actividad del sujeto ('opus operantis') y la eficacia intrínseca del sacramento ('opus operatum'). Precisamente porque el educador-pastor está convencido, por fe, de la eficacia de la liturgia cristiana, cuida pedagógicamente las cuali-

38. JUAN BOSCO, *Storia Sacra per uso nelle scuole*, Prefazione - Turín, Speirano e Fettero, 1847 - Opere Edite, v. III, pág. 7.

dades y los comportamientos humanos que disponen adecuadamente a participar en ella.

San Juan Bosco siempre vio en la Eucaristía y la Penitencia los dos pilares de su praxis pedagógico-pastoral.

f. Con atención creativa al tiempo libre

El Capítulo afirma que «la vida de grupo es elemento fundamental de la tradición pedagógica salesiana»³⁹. La tarea educadora de san Juan Bosco se distingue por la iniciativa oratoriana, que implica el sentirse solidario con los jóvenes, empezando a dar espesor educativo a su tiempo libre. Es una experiencia formativa peculiar, que no va contra la educación formal y sus instituciones, sino que las precede y, a menudo, las requiere, en cuyo caso las impregna infundiéndoles un carácter típico de implicación juvenil. La inventiva oratoriana sigue siendo hoy, para nosotros, «criterio permanente de discernimiento y renovación de toda actividad y obra»⁴⁰.

En esta praxis oratoriana ocupan un espacio de privilegio los grupos juveniles con su variedad de expresiones; en ellos se favorece la comunicación interpersonal y el protagonismo; de hecho constituyen no pocas veces el único elemento estructural para acceder a los valores de la educación y de la evangelización.

El Capítulo nos habló del Movimiento Juvenil Salesiano, formado por grupos y asociaciones que, «aun manteniendo su propia autonomía organizativa, se reconocen en la espiritualidad y pedagogía salesiana»⁴¹.

Ya en 1979 el Papa nos había hecho un cálido llamamiento, para recordarnos la urgente necesidad de que renacieran modelos válidos de asociaciones juveniles católicas⁴².

39. XXIII Capítulo General 274

40. *Constituciones* 40.

41. Cf. XXIII Capítulo General 274-275.

42. Cf. Actas del Consejo Superior 294, octubre-diciembre de 1979.

He aquí un modo muy concreto de leer el Sistema Preventivo a la luz del criterio oratoriano. La experiencia nos está demostrando que el cuidado de los grupos y asociaciones es una actividad que debemos incrementar y coordinar, «abierta, de círculos concéntricos, que une a muchos jóvenes: desde los más lejanos, para quienes la espiritualidad es una referencia que sólo vislumbran por el ambiente en que se sienten acogidos, hasta los que de modo consciente y explícito hacen propia la propuesta salesiana. Estos últimos constituyen el núcleo animador de todo el Movimiento»⁴³.

Evidentemente, sobre todo con este núcleo animador, habrá que profundizar y explicitar los valores de la espiritualidad juvenil que tanto amaba san Juan Bosco.

43. XXIII Capítulo General
276.

g. Hacia el realismo de la vida

Una de las características de la actividad pedagógica de san Juan Bosco es su aspecto práctico, o sea, el querer capacitar a los jóvenes para lo concreto de la vida social y eclesial. En la praxis educativa no basta la teoría; es preciso unir, a la formación de la mente y del corazón, la adquisición de habilidades operativas y relacionales, espíritu de iniciativa, capacidad sincera de sacrificios pequeños y grandes, inclinación personal al trabajo con sentido de responsabilidad, aprendizaje de servicios y oficios; en una palabra, un adiestramiento en el realismo de la existencia con creciente sentido de seriedad y de colaboración.

Todo ello para formar al buen ciudadano, acompañado del cultivo de las actitudes de comunión y participación en tareas de la comunidad eclesial (asociaciones, grupos, servicios apostólicos).

El aspecto práctico, pues, se interesa por ejercitar

a los jóvenes en actitudes sociales y eclesiales concretas, abriendo la maduración de la persona, mediante modalidades vividas, al bien común y a la vivencia de Iglesia.

— En todas estas exigencias y condiciones pedagógicas que hemos indicado, sigue siendo central la fuerza de la gracia de unidad, que hace confluir armónicamente en mutua interacción el educar y el evangelizar.

Para intentar comprender cada vez mejor sus dinamismos, la fe nos impulsa a escrutar el misterio de Cristo, Dios y hombre verdadero; en él vibra una misteriosa unidad entre el orden creatural (con el dinamismo propio de sus valores humanos) y la encarnación del Verbo, con las riquezas propias de su esencia divina. En Jesucristo existe una armoniosa organicidad existencial que se apoya en una dualidad de naturalezas inseparables. Santo Tomás de Aquino supo analizar con agudeza esta inefable convergencia unitaria: profundizó el principio de la unidad de la persona distinguiendo los dinamismos que califican las dos naturalezas⁴⁴.

Lo cual no significa que, en nuestro caso, apliquemos unívocamente lo que es propio y exclusivo de Jesucristo; sin embargo, el mismo concilio Vaticano II compara, «por una notable analogía», la realidad eclesial de los fieles con el misterio sublime del Verbo encarnado⁴⁵.

44. Cf. *Summa theologiae*, p. III, qq. 18 y 19.

45. Cf. *Lumen gentium* 8.

Santificarse educando

En otra circular reflexionamos sobre la espiritualidad salesiana para la nueva evangelización⁴⁶. El nuevo ardor de que habla el Papa significa un fuerte relanzamiento de la interioridad apostólica, que es la raíz de nuestra índole en la Iglesia⁴⁷. Aquí

46. Cf. Actas del Consejo General 334, octubre-diciembre de 1990.

47. Cf. Actas del Consejo General 331, *La Nueva Evangelización*, págs. 26-29.

debemos añadir que la espiritualidad salesiana representa para nosotros la fuerza de síntesis santificadora en la nueva educación.

El XXIII Capítulo General nos asegura que la educación es «el lugar privilegiado de nuestro encuentro con Dios»⁴⁸. Implica una peculiar espiritualidad apostólica, que es simultáneamente pastoral y educadora, «siempre atenta al contexto del mundo y a los retos de la juventud: requiere flexibilidad, creatividad y equilibrio, y busca con seriedad las competencias pedagógicas apropiadas. En la raíz se halla la consagración apostólica»⁴⁹ que, desde el interior de su respirar por las almas, asume los valores pedagógicos y los vive como expresión concreta de espiritualidad»⁵⁰. ¡No es sólo espiritualidad para la educación en general, sino verdadera espiritualidad de la educación en la fe!

Recordemos lo que nos escribió Juan Pablo II: «Quiero considerar, sobre todo, que san Juan Bosco realiza su santidad personal en la educación, vivida con celo y corazón apostólico, y que simultáneamente sabe proponerla como meta concreta de su pedagogía. Precisamente tal intercambio entre educación y santidad es un aspecto característico de su figura: es educador santo —Francisco de Sales—, es discípulo de un maestro espiritual santo —José Cafasso— y entre sus jóvenes sabe formar un alumno santo —Domingo Savio—»⁵¹.

Tienen razón las Constituciones cuando presentan el Sistema Preventivo como vivencia espiritual y educativa que san Juan Bosco nos transmitió «como modo de vivir y trabajar, para comunicar el Evangelio y salvar a los jóvenes con ellos y por medio de ellos. Este sistema informa nuestras relaciones con Dios, el trato personal con los demás y la vida de comunidad en la práctica de una caridad que sabe hacerse amar»⁵².

48. XXIII Capítulo General 95.

49. *Constituciones* 3.

50. *Actas del Consejo General*, 334, pág. 34.

51. *Iussum patris* 5.

52. *Constituciones* 20.

¡Nuestro Fundador nos enseña que debemos santificarnos educando!

La tarea salesiana de educar pide que dediquemos amplios espacios y tiempos adecuados a la convivencia con los jóvenes, sobre todo hoy, por la complejidad y el carácter problemático de su contexto. La llamada a esta convivencia —lo más continua e intensa posible— es elemento cardinal en nuestro trabajo de santificación y también la razón principal del nacimiento y crecimiento de vocaciones. Agustín Auffray, autor de una conocida biografía de san Juan Bosco que mereció el aplauso de la prestigiosa Academia Francesa, sintetizaba esta modalidad pedagógica en la frase: «Estar allí [con los jóvenes] todos y siempre: tous et toujours».

Ello exige un corazón que desborde de caridad pastoral y una mente rica en inteligencia pedagógica y una solidaridad espiritual y educativa vivida en los momentos feriales y cotidianos, así como en las horas difíciles, críticas o exaltantes. Aquí se comprende todo el sentido ascético-místico de lo que decía san Juan Bosco de sí mismo: «Yo por vosotros [jóvenes] estudio, por vosotros trabajo, por vosotros vivo, por vosotros estoy dispuesto incluso a dar mi vida ... Me basta que seáis jóvenes, para que os ame con toda mi alma»⁵³. «No dio paso, ni pronunció palabra, ni acometió empresa que no tuviera por objeto la salvación de la juventud»⁵⁴.

Según el pensamiento de nuestro Fundador, sus hijos no deberíamos ser personas que sólo se dedican a los jóvenes profesionalmente, sino que hacen de su trabajo educativo el espacio espiritual y el centro pastoral de su vida, de su oración, de su profesionalidad y de su vivir cotidiano. Estamos invitados a adquirir una espiritualidad que no disocie el propio ser del propio actuar, que nunca separe la finalidad evangelizadora de la educativa, y viceversa, y vincule el crecimiento en la santidad perso-

53. Cf. *Constituciones* 14.

54. Cf. *Constituciones* 21.

nal a una cualificada actividad pedagógica. Aquí está el secreto del genio del artista educador cristiano. La caridad pastoral del espíritu salesiano implica la repetidas veces citada y preciosa gracia de unidad, de la que el Santo Padre nos dijo que «es fruto del poder del Espíritu Santo, que garantiza la inseparabilidad vital entre unión con Dios y entrega al prójimo, entre interioridad evangélica y acción apostólica, entre corazón orante y manos activas ... Si se resquebraja, queda abierto el espacio para los activismos o los intimismos, que constituyen una tentación insidiosa para los institutos de vida apostólica. En cambio, las secretas riquezas que encierra esta gracia de unidad son la confirmación explícita ... de que la unión con Dios es la verdadera fuente del amor activo al prójimo»⁵⁵.

Según esta perspectiva de espiritualidad, no sólo se llega a la confianza fundamental del «nada te turbe», sino que también se vive a diario de la esperanza que «cree en los recursos naturales y sobrenaturales» de los jóvenes, sabe captar «los valores del mundo» y se niega a «lamentarse del tiempo en que vive»⁵⁶. Una espiritualidad de optimismo y de alegría, que se vive en el trabajo y en la templanza y da una fisonomía de 'gente en fiesta', pero muy trabajadora y activa, creativa y flexible, arraigada en una tradición, pero dinámicamente moderna, fiel a la suprema novedad de Cristo y abierta a los valores culturales emergentes⁵⁷.

No cabe duda, una espiritualidad de esta naturaleza es fruto de esfuerzo, entrega, reflexión, estudio, búsqueda y cuidado continuo y vigilante; pero hunde su raíz en la unión constante con Dios, se traduce a oración y acción, y es mística y ascesis. De esa manera, sirve para santificar no sólo a la propia persona, sino también a la de los jóvenes. Las Constituciones nos dicen que el testimonio de nuestra espiritualidad «revela el valor único de las

55. XXIII Capítulo General
352.

56. Cf. *Constituciones* 17.

57. Cf. *Constituciones*,
cap. 2.

58. *Constituciones* 25.

bienaventuranzas y es el don más precioso que podemos ofrecer a los jóvenes»⁵⁸.

59. XXIII Capítulo General 95.

Y, sin embargo, nuestra santificación es también don que nos viene de los jóvenes, porque «creemos que Dios ama a los jóvenes; ... que Jesús quiere compartir su vida con los jóvenes; ... que el Espíritu se hace presente en los jóvenes y que por su medio quiere edificar una comunidad humana y cristiana... Creemos que Dios nos está esperando en los jóvenes para ofrecernos la gracia del encuentro con él y disponernos a servirle en ellos, reconociendo su dignidad y educándolos en la plenitud de la vida»⁵⁹.

60. *Inveniam patris* 16.

Con ellos se podrá hacer el camino de fe gracias a una espiritualidad educativa común a educadores y a jóvenes, aunque en niveles y grados diferentes; dicha espiritualidad se convertirá en «pedagogía realista de la santidad ... La originalidad y audacia de la propuesta de una santidad juvenil es intrínseca al arte educador de san Juan Bosco, que con razón puede definirse como maestro de espiritualidad juvenil»⁶⁰.

El Capítulo centra la atención de salesianos y jóvenes en esta espiritualidad, para ser, todos juntos, artífices de la síntesis vital entre cultura y Evangelio, entre vida y fe, entre promoción humana y testimonio cristiano. Debemos saber santificarnos teniendo en cuenta las novedades de nuestra época, dedicándonos con esmero a la nueva evangelización precisamente porque somos expertos en nueva educación con el arte de san Juan Bosco, que supo coordinar magistralmente su mutua interacción.

Nuestro Fundador nos invita a hacer de la educación de los jóvenes en la fe nuestra propia razón de ser en la Iglesia, o sea, nuestro modo de participar en su santidad y acción: ¡seremos santos en ella, si somos misioneros de los jóvenes!

Estimulados por la maternidad eclesial de María

Queridos hermanos, cuando cada uno de nosotros piensa en el nacimiento y desarrollo de su fe personal, comprueba que ésta se halla históricamente ligada a mediaciones pedagógicas concretas: su familia, un amigo, la comunidad cristiana de su pueblo... Ciertamente, la fe es un don del Espíritu del Señor: sin la iniciativa divina no habría surgido en nosotros la fe; pero si pensamos en nuestro bautismo y, en general, en el de los niños a lo largo de toda la tradición de la Iglesia, nos convencemos de que el don de la fe normalmente va acompañado de la actividad educadora y del testimonio vivo del padre y de la madre, de tal o cual sacerdote, de tales fieles, de tales religiosos y religiosas. Es un don que pasa por una colaboración humana para asegurar el nacimiento y desarrollo de una linfa vital tan preciosa.

Semejante reflexión nos hace ver, por un lado, la interacción entre solicitud humana y don de la fe, y, por otro, pone de relieve la importancia de la presencia de un oportuno y válido cuidado pedagógico-pastoral que podríamos calificar, sobre todo, de materno.

En la conclusión de la varias veces citada carta que nos escribió en 1988 el Papa, afirma: «Con vuestro trabajo, queridísimos educadores, estáis realizando un exquisito ejercicio de maternidad eclesial»⁶¹. He ahí una expresión muy acertada, que dice plásticamente en qué consiste el arte de educar en la fe: ¡un ejercicio de maternidad eclesial!

En la encarnación del Verbo, María no es la causa de la unión hipostática de Cristo, pero es verdaderamente madre de Jesús; lo engendra, le ayuda a crecer como hombre en la historia y lo educa según la cultura de su tierra. En Jesús, y

61. *Iuvenum patris* 20.

en la acción materna de María, hay que distinguir aspectos muy diversos entre sí; pero hay una unidad orgánica de vida que hace que la Iglesia proclame que María es «Madre de Dios».

Hay mucho que meditar sobre esta verdad.

Hace años nos pusimos en manos de María; ahora acudimos a ella para pedir su solícita ayuda en las tareas del arte de educar. María sugirió a san Juan Bosco el Sistema Preventivo.

«El camino de fe —nos dijo el Capítulo— comienza bajo la guía materna de María»⁶². Afirma igualmente que «la presencia materna de María inspira intensamente todo el recorrido [del largo camino] en su conjunto y en cada área ... En María los caminos del hombre se cruzan con los de Dios»⁶³; y recuerda también que la espiritualidad salesiana «da un puesto de privilegio a la persona de María» y que, al final de su tarea, san Juan Bosco «pudo decir con verdad: Todo lo ha hecho María»⁶⁴.

Pues bien, si vivimos con sinceridad nuestra entrega a ella, nos sucederá lo mismo a cada uno de nosotros, a cada comunidad local y a cada inspectoría. Lo importante es saber vivir con sinceridad el aspecto mariano de nuestra espiritualidad.

El Santo Padre nos lo desea: «Invoco sobre todos vosotros la protección continua de María Auxiliadora, Madre de la Iglesia. Que ella sea, como lo fue para san Juan Bosco, maestra y guía, la estrella de la nueva evangelización»⁶⁵.

Es María quien nos invita a todos a esforzarnos en vivir y testimoniar la interioridad apostólica que caracteriza al salesiano en la Iglesia; de la fuerza unitiva de esta espiritualidad brotarán un sinnúmero de iniciativas acertadas y fecundas para educar a los jóvenes en la fe.

Os saludo fraternalmente a todos y cada uno

62. XXIII Capítulo General
121.

63. XXIII Capítulo General
157.

64. XXIII Capítulo General
177.

65. XXIII Capítulo General
335.

con la alegría de sentirnos unidos en la gran tarea que realizamos en común, y que san Juan Bosco interceda.

Cordialmente en el Señor,

EGIDIO VIGANÓ